

Pilatos y la verdad

Por Jaime Guzmán

Entre las muchas figuras que en la Semana Santa desfilan ante nuestras reflexiones, una de las más enigmáticas y trágicamente aleccionadoras es la de Poncio Pilatos.

Cuando los dirigentes espirituales y políticos del pueblo judío deciden dar muerte a Jesús, éste se ve conducido ante Pilatos, representante del Imperio Romano, al cual estaba sometido Israel. Sin su aprobación, los judíos no podían aplicar la pena capital.

Durante el juicio, Pilatos llega a la conclusión de que Cristo es inocente. Después de interrogarlo, le dice a la turba allí reunida: "Ningún delito hallo en este hombre" (Lc. 23, 4). Luego intenta aplacar a los acusadores, ordenando azotar a Jesús. El Evangelio de San Juan nos dice explícitamente que "Pilatos buscaba librarle" (a Jesús) (Jn. 19, 12). Hasta les ofrece optar entre Cristo y Barrabás, en la seguridad de que preferirán que suelte a Jesús, ya que Barrabás era un criminal. Pero el pueblo grita que sea liberado Barrabás y que se crucifique a Cristo.

Entonces Pilatos "tomó agua y se lavó las manos delante de la muchedumbre, diciendo: "Yo soy inocente de esta sangre" (Mt. 27, 24). Y entregó a Jesús para que lo crucificaran.

Ciertamente, resulta obvio que en Pilatos prevalece la cobardía. Ese lavado de manos se ha hecho símbolo histórico de quien procura eludir su propia responsabilidad.

Pilatos teme al poderoso, ante el riesgo de que lo indispongan con el emperador romano, cuando le argumentan



que Cristo se ha declarado rey y que los judíos no reconocen otro monarca que el César. Pero también Pilatos se doblega por miedo al pueblo, por

falta de coraje para rehusar los requerimientos de la masa, por temor a contrariar el ambiente que lo rodea.

Ahora bien, la raíz última de esa cobardía reside en el escepticismo. Jesús le dice a solas a Pilatos que "para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad, y todo el que es de la verdad oye mi voz" (Jn. 18, 37). Y el gobernador romano le replica: "¿Qué es la verdad?" (Jn. 18, 38). Dicho lo cual sale de inmediato hacia afuera.

No hay en esa pregunta el deseo de encontrar la verdad. Por eso Jesús no le responde. Se trata de la actitud del relativista que más bien pregunta: ¿Y es que acaso existe la verdad?

El drama de Pilatos resurge siempre contemporáneo. El hombre se ve continuamente tentado por el escepticismo relativista de creer que cada cual tiene "su" verdad. Y si cae en esa tentación, termina fatalmente sin el coraje necesario para contrariar a los poderosos, incluidos esos terribles tiranos que son la masa y el ambiente mayoritario que a cada cual lo rodea.

Desafiar lo anterior requiere estar convencido de que hay una verdad, al servicio de la cual vale la pena -y es exigible- sacrificarlo todo.

Juan Pablo II nos ha permitido advertirlo en forma tangible y luminosa. Con la luz del que es Verdad y Vida. Del Cristo resucitado que hoy celebramos.